



Rumbos Olvidados

POR Xabi Luna (www.rumbosolvidados.com)

La última noche en Ucrania, el mapa de todo el país está en rojo por las alertas. Bombardean dos lugares en los que días antes hemos dormido, el resultado: decenas de fallecidos. La casualidad nos ha brindado una estancia pacífica, pero esa es la realidad. Despertamos a pocos kilómetros de una frontera vacía de gente, somos los únicos y aunque nos vamos, nos obligan a desmontar y abrir los bolsos dos veces. Hora y media después, con los sellos en los pasaportes, entramos en nuestro país número 36, Moldavia. Uno prepara el día anterior varias frases en rumano para conectar con las personas, pero nos encontramos muchos rusoparlantes. El vínculo con Rusia se remonta a 1812, cuando Besarabia pasa del Imperio otomano al Imperio ruso. Las nuevas generaciones miran a Rumanía y Europa, mientras parte de la población mayor conserva vínculos y cierta nostalgia de la época soviética. El país es pequeño, tres veces Navarra y tiene un conflicto muy particular con una región, Transnistria. Al este del río Dniester hay una pequeña franja que conserva buena parte de la estética y los símbolos de la época soviética, incluso hay estatuas de Lenin en Tiraspol, su capital. Tienen moneda, presidente, ejército, matrículas... pero no tienen reconocimiento internacional como Estado, ni siquiera por parte de Rusia. Con lo que es un conflicto latente que no se sabe cómo acabará.

La entrada en el país la hacemos por una frontera casi abandonada, tiene telarañas y las casetas para cambiar dinero están cerradas y desgastadas por el tiempo. El sol de agosto consume el paisaje, extensiones áridas, cosechadas, vías en mal estado que nos llevan hasta la capital, Chisinau. El primer día, asfixiados de calor, un coche para en la carretera, Radu nos espera con dos refrescos y un par de helados que ha comprado al vernos, nos da un abrazo y se marcha. La gente es amable y acogedora. Desde el comienzo, en los arcones, vemos cientos de puestos de frutas cobijados a la sombra de los árboles. La venta ambulante no entiende de sexos ni de edades, niños tirados en un colchón junto a un montón de sandías descomunales pasan el día a la espera de clientes.

En la zona rural, de vez en cuando, vemos pequeños tejaditos decorados con filigranas, nos cuesta reconocerlo, pero cubren pozos de agua. No perdemos la ocasión y el primer día paramos a rellenar nuestra bolsa para ducharnos. Igual que en África, nos asomamos, sentimos el frescor húmedo y reconfortante que sale desde dentro. Al fondo, nuestro reflejo se rompe por el cubo que cae atado a una cuerda. En algunos hay hasta vasos de metal para beber agua, somos aventureros, pero no tanto.

A pesar de ser uno de los países



Moldavia, Rumania, Serbia

Del Dniester al Danubio, entre imperios y fronteras



El río Danubio, desfiladero de las Puertas de Hierro, Serbia.

más pobres de Europa, no es barato. Por suerte, un día dormimos acampados detrás de una iglesia y nuestra estancia en la capital es en casas de dos personas que nos acogen gratis, Ana y Gheorghe. Chisinau ha sido destruida en varias ocasiones, especialmente durante la 2ª Guerra Mundial. La reconstrucción soviética dejó grandes avenidas y algunos edificios muy sobrios, aunque siguen quedando restos neoclásicos e iglesias ortodoxas anteriores, además de grandes parques que la convierten en una capital muy verde. No muy lejos están las mayores bodegas subterráneas del mundo como Mile tii Mici, con 200 km de galerías donde albergan millones de botellas de vino.

Despedimos Moldavia con una etapa dura, con desnivel, pero sobre todo calor. Cerca de la frontera, en Onesti, nos refugiamos a la sombra de los árboles que hay frente a un edificio que parece abandonado, es el ayuntamiento. La puerta está abierta, en el pasillo de abajo hay varios cortacésped y cubos con agua, casi todas las puertas están cerradas y rotas. En el segundo piso, en la biblioteca está Natalia, una mujer ucraniana mayor. Sin entendernos, nos entiende, nos hace gesto de esperar, "Primara, primara". Sentados afuera comprobamos el significado: alcaldesa. Mientras comemos unos sándwiches de jamón y queso aparece una mujer de nuestra edad, sonriente, con un melón bajo el brazo como regalo de bienvenida. Tampoco habla inglés, sólo ruso. Con el traductor nos hace pasar dentro, nos muestra una habitación y nos ofrece dormir ahí esa noche. Lamenta que no hay agua en el ayuntamiento ni un baño en condiciones para otra cosa que no sea mear. Ese día nos duchamos en casa de la bibliotecaria. Su marido, Vitali, nos regala una bolsa de verduras y frutas. De colofón, Ana, la alcaldesa, nos invita a helado en la tienda que hay en frente. Un cierre perfecto para Moldavia. El calor es sofocante y la calidez humana el mejor refugio.

Regresamos a las colas de camiones para pasar una nueva frontera hacia Rumanía. Viajar en bici te permite hacer un slalom sutil entre coches para adelantar la cola, pero con la delicadeza de no ponerte el primero. Nos escanean la cara y nos dan la bienvenida. El estado de las carreteras mejora, pero el tráfico aumenta exponencialmente.

En época romana aquí habitaban los dacios, por eso llamaron a este territorio la Dacia. Su idioma actual es una mezcla entre latín vulgar de entonces, la lengua local de aquellos habitantes e influencias posteriores. Eso nos lleva a la marca de coches nacional, Dacia es rumana y se nota, un alto porcentaje de los vehículos son denominación de origen. Quedan clásicos como el 1300, pero han evolucionado mucho desde el primero fabricado en 1968.